

A lion is the central focus, sitting on a red and white checkered rug. The lion is looking towards the right of the frame. The background shows a window with light streaming in, creating a warm, golden atmosphere. The lion's mane is thick and golden-brown. The overall scene is a domestic interior, possibly a kitchen or dining area, with a wooden cabinet and a window sill visible in the background.

Los Oníricos

Guillermina Cuevas

UNIVERSIDAD DE COLIMA

EL RAPIDÍM

Pa' leerse como de rayo

Los Oníricos

UNIVERSIDAD DE COLIMA

Dr. Christian Jorge Torres Ortiz Zermeño, Rector

Mtro. Joel Nino Jr., Secretario General

Mtro. Jorge Martínez Durán, Coordinador General de Comunicación Social

Mtro. Adolfo Álvarez González, Director General de Publicaciones

Mtra. Irma Leticia Bermúdez Aceves, Directora Editorial

Los Oníricos

Guillermina Cuevas

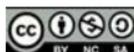


UNIVERSIDAD DE COLIMA

© UNIVERSIDAD DE COLIMA, 2025
Avenida Universidad 333
Colima, Colima, México, CP 28040
Dirección General de Publicaciones
Teléfonos: 312 316 1081 y 312 316 1000, ext. 35004
Correo electrónico: publicaciones@uclm.mx
<http://www.uclm.mx>

5E.1.1/317000/089/2024 - Edición de publicación no periódica
DOI: 10.53897/LI.2025.0009.UCOL

Derechos reservados conforme a la ley
Editado en México / *Edited in Mexico*



Este libro está bajo la licencia de Creative Commons, Atribución – NoComercial - CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0). Usted es libre de: Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato. Adaptar: remezclar, transformar y construir a partir del material bajo los siguientes términos: Atribución: Usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante. NoComercial: Usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales. CompartirIgual: Si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.

This work is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-ShareAlike 4.0 International License. You are free to: Share: copy and redistribute the material in any medium or format. Adapt: remix, transform, and build upon the material under the following terms: Attribution: You must give appropriate credit, provide a link to the license, and indicate if changes were made. You may do so in any reasonable manner, but not in any way that suggests the licensor endorses you or your use. NonCommercial: You may not use the material for commercial purposes. ShareAlike: If you remix, transform, or build upon the material, you must distribute your contributions under the same license as the original.

Proceso editorial certificado con normas ISO desde 2005
Registrado en el Sistema Editorial Electrónico PRED
Edición electrónica: febrero de 2025
Registro: OT-016-24

El león perro

Lavé la estufa con gran paciencia, le quité todo el cochambre y quedó reluciente, casi nueva. Es una Acros de cuatro quemadores y comal. El horno tiene una parrilla que no puedo lavar en la cocina y por esa razón tengo que hacerlo en el patio trasero, y de allá volvía con ella reluciente, para instalarla y hornear unos pastelillos de hojaldre, cuando al abrir la puerta del horno asomó la enorme cabeza de un melencudo león. El fiero animal rugió tan fuerte que me impulsó hacia atrás y mi espalda golpeó contra el refrigerador que está a dos metros de la estufa y yo, con el golpe y con el tremendo susto, no pude reaccionar hasta que el intenso y desagradable aliento de león casi me ahoga. Abrí la ventana y la puerta de mi onírica cocina, y el viento fresco entró como si supiera que yo lo necesitaba para sobrevivir, para no desmayarme por el susto y la pestilencia. Salí a la terraza y

encendí un cigarro que temblaba lo mismo en mis labios o en mis manos y comencé a pensar en lo que había visto: un enorme león de rojiza melena, con cabeza grande y ancha, ojos amarillos de redonda pupila y morro triangular que brillaban intensamente; las enormes fauces y el atronador rugido complementaban esta terrible visión, además, el nauseabundo aliento todavía flotaba en el ambiente. Con estos elementos de prueba me dirigí al patio posterior de mi casa y con vehemencia advertí, a mis dos hijas y a mi esposo, del inminente peligro. Ellos contestaron a coro que era otro de mis angustiantes sueños y para probarlo me acompañaron a la cocina; cuando los cuatro estuvimos frente a la estufa, de la parte baja, donde está el quemador del gas, se escucharon unos ruidos extraños y a la vez muy suaves. Mi esposo abrió la puerta y del pequeño espacio salieron tres cachorros de león verdaderamente hermosos. Con su desproporcionada cabeza, los ambarinos y expresivos ojos capaces de preguntar, reprochar o reír, acompañando estos gestos con gentiles y solemnes inclinaciones, con sus dulces roneos, cautivaron a Zaira, a Tania y a Julián,

y los tres volvieron al patio posterior con una botella de leche a jugar con los cachorros. El patio no era el mismo, en este sueño era un jardín hermoso, con árboles frutecidos en los que se habían colgado tres hamacas de hilo de seda y ahí veía yo a mi familia jugando con los cachorros y comiendo sandía roja, dulce y sin semillas. Volví sola a mi cocina para enfrentar mi sueño. Con la mano izquierda, cautelosamente, abrí la puerta del horno, en mi mano derecha la parrilla, como un escudo fortuito, como un arma, como otro absurdo más en el mundo de mis ansiedades, y ahí estaba el león. No rugió otra vez, no abrió sus enormes fauces y pude observar el labio superior hendido, del que se desprendían largas vibrisas de color blanquecino, presentes también en la región supraorbitaria. Se había instalado con el lomo contra el fondo del horno y sus patas dobladas tocaban el vidrio de la ventana. Vi también su larga y delgada cola, rematada con un mechón oscuro, moviéndose ligeramente, como si fuera una advertencia. Dejé mi fortuito escudo y volví a mis reflexiones. Cómo alejar este riesgo de mi casa si el peligro está en el horno de mi estufa, pensé, basta con

abrir la llave del gas y dejar que este veneno aniquile a la fiera que me acecha. Así lo hice, pero el desagradable olor y un sentimiento triste, como de culpa, me obligaron a girar la perilla hasta cero y con lágrimas en los ojos volví a mi terraza, espacio que afortunadamente para mí no había cambiado y me senté en la jardinera. Luego de una espera prudente, volví a abrir la puerta del horno, otra vez con la mano izquierda y otra vez con la mano derecha empuñando el fortuito escudo del fiero león que había asomado la cabeza abriendo sus enormes fauces con un atronador y pestilente rugido, sólo quedaba un animal extraño, híbrido, envejecido. Parecía un perro callejero y enfermo, no poseía el garbo épico del *Panthera leo* y ninguna fiera mostraba, por el contrario, con gran esfuerzo logró salir del horno y se dirigió a la puerta, resbalando en el piso porque sus patas persistían en parecer patas de león y sus garras envejecidas, debilitadas, no podían sostener sus huesos. Bajó, con menos dificultad, hasta la cochera, un espacio con un piso rugoso y ahí comenzó, así lo creo yo, a vivir su mutante vida de león perro. El cancel estaba abierto y

lo dejé salir, pero mi corazón sabía que era un gran riesgo y aunque dicen que ojos que no ven, y nunca vi, escuché cómo los perros de este callejón atacaban al león de mi sueño y sentí una gran tristeza. No pude salir, no tuve el valor, permanecí en la terraza y, cuando la calle se quedó en silencio, volví a mi cocina para lavar el horno de la estufa y deshacerme de cualquier evidencia que pudiera alguna vez probar mi crueldad, mi actitud nefasta. Había mucho pelo en el horno. Lo recogí con un cepillo y lo puse en una bolsa doble en el cesto de basura. Cuando limpié el quemador, ese pequeño espacio en el que aparecieron los tres cachorros manchados, encontré las garras reseca del león y lloré, sin ruidos, lentamente. Con una esponja humedecida en un líquido que prometía aromas de lavanda silvestre terminé la limpieza. Encendí un incienso de copal, preparé un café muy fuerte y casi al límite de la vigilia volví a ver a mis hijas y a mi esposo jugando con tres cachorros de ojos expresivos. Era el jardín que no es el patio de mi casa y, sobre una mesa blanca que no tengo, reposaban los pastelitos de hojaldre que al inicio de este delirio iba a hornear.

Desperté a las seis de la mañana. Preparé un café muy fuerte para alejar la memoria de una noche infausta. Fui a la panadería cuando las sombras apenas despertaban. De regreso a mi casa vi a los perros: El zafiro, un perro manchado sin pedigrí que le ladre, igual que La choncha, una perra múltipara y autoritaria, matrona en este callejón, y Satán, un dóberman de impresionante musculatura que se volvió manso para divertirse con los niños y con los otros perros y La Highlander, una perra negra con una suerte perra, que ha sido atropellada varias veces, que se ha salvado de los venenos que supuestamente una señora que odia a los perros le ha suministrado, que se salvó también cuando se quedó atorada en un hoyo y sólo sacaba su inflamada cabeza, que fue salvada por un borracho que hábilmente y con paciencia le untó manteca de puerco y la sacó y, en la esquina, escondido tras una camioneta vi al león perro, asustado, vencido. Le ofrecí un bolillo recién horneado y cuando abrió el hocico para recibirlo advertí que su dentadura había desaparecido, que su labio superior, hendido, como es en los leones, le daba un aspecto de ancianidad, de

extremo cansancio. Extraje el migajón de los seis panes que llevaba y los dejé en la banqueta, pero él no los tomó y me siguió hasta mi casa. Entró en la cochera y ahí se echó, bebió leche con vitaminas que me quedaron de un perro ingrato, luego, lentamente, se alejó de mi casa. Fui al patio imaginando a los cachorros de ojos inquisitivos, pero nada encontré, era mi patio trasero y no el jardín frutecido, no las tres hamacas colgadas de los árboles, tampoco la sandía roja, dulce y sin semillas, simplemente el patio en el que cultivo hierbas de olor, piñas en macetas, a veces papayos, girasoles, chiles.

Sufrí este sueño en el mes de enero, ya es mayo y todavía no entiendo qué sucedió esa noche. Desde entonces, el león perro ha vivido a la deriva, viene algunas veces por las papillas de leche y avena que le preparo y mueve su cola rematada por un mechón encanecido como muestra de agradecimiento. Los perros del callejón han ido desapareciendo poco a poco. Creo que La choncha murió, El Satán fue robado, La Highlander sucumbió a un poderoso veneno y El zafiro se fue con sus dueños a una colonia en la periferia de

la ciudad. La última vez que vi al león perro había cazado una paloma y trepó con ella en el hocico a un árbol que crece sin control en el baldío a un lado de mi casa. Me emocionó verlo así, tratando de sobrevivir por su cuenta, pero la paloma escapó y dos o tres plumas volaron lentamente hasta caer en mis plantas de cilantro. Recogí las plumas y no pude ver cuando mi león perro cayó del árbol, sólo escuché un ruido sordo en la hojarasca. Tres días después comenzó el olor, la pestilencia, los niños dijeron que en la casa derruida olía a perro muerto. Nadie sabe que encendí una veladora. Es un luto muy privado el mío, tal vez un sentimiento de culpa, una triste conclusión: la parte hermosa de este sueño, los cachorros de ojos inquisitivos, desapareció en la vigilia.

Geniti Generous

Un vecino vino a ofrecerme su automóvil, me dijo que tenía tiempo y disposición para llevarme. Acepté su ofrecimiento, pero le pedí que esperara un poco, había lavado mucha ropa, especialmente sábanas muy grandes y debía tenderlas para evitar que el calor deje en ellas una peste de humedad. Eran sábanas muy pesadas y yo con la preocupación y la prisa. El vecino que me ofreció un aventón tiene una voz extraordinaria, canta romanzas italianas en el Coro de Cámara del Instituto Universitario de las Bellas Artes. Es un hombre amable, con una familia también amable y una casa pequeña, siempre limpia. Yo no quería tardarme tanto tiempo, pero tender sábanas tan grandes es un trabajo difícil. Cuando terminé esta pesada tarea estaba sudando mucho y pensé que no podía salir sin darme un baño y en la escena siguiente ya estaba lista, limpia, peinada. El vecino volvió y me dijo que no podía esperar más y me ayudó a cerrar la puerta del patio trasero. Creo que dijo: es un kilómetro de sábanas limpias y salimos de mi casa. El tenor del Coro de

Cámara me enseñó un auto nuevo y me dijo: suba usted. Era un Jeep Wrangler Sahara de dos puertas, en la parte posterior estaban sentados dos hombres, el del lado izquierdo no dejó impresión alguna en mi memoria, no recuerdo su rostro, no sé si pronunció alguna palabra, si contestó mi saludo. El hombre en el lado derecho me saludó, tal vez dijo “buenos días, señora”, no puedo precisarlo. Por su aspecto me atrevo a escribir que tenía setenta años, que tal vez fuera un campesino, y tenía ojos muy verdes, como dos olivas. Aunque el auto olía a nuevo, a plásticos con los que salen de la agencia los autos nuevos, una capa de polvo finísimo mostraba que habían recorrido en él áridos caminos. Pensé en algunos pueblos de Jalisco, en el estiaje, en una tierra que parece morir y resucita verde con las primeras lluvias. El vecino amable subió al Jeep y encendió el motor y todos los mecanismos comenzaron a funcionar, aunque no hacían ruido. Arrancó sin usar la palanca de velocidades y el Compact Disc Player se encendió automáticamente. Alguien cantaba una canción muy dulce, a capela, una canción que hablaba de un día lluvioso y de una au-

sencia antigua, triste. Esto sucedió mientras salíamos del Callejón del Pujido. Al llegar a la calle Ignacio Sandoval, mientras nuestro chofer giraba el volante hacia la izquierda, yo sentí que el hombre de los ojos oliva se levantaba de su asiento y clavaba su dentadura en el hueso occipital de mi cráneo, exactamente en la sutura parietooccipital y me provocaba un dolor intenso, terrible. Giré mi cabeza y mi torso para reclamarle su agresión, pero el hombre permanecía sentado, imperturbable. Estaba segura que me había mordido y no podía probarlo. Quise huir, pero no tenía fuerzas y el auto se deslizaba sin ruidos de motor y habíamos llegado ya a la esquina de Ignacio Sandoval y Matamoros. No voy a la Universidad, le dije al vecino tenor, ¿puede usted llevarme a la Pinacoteca Universitaria? No recuerdo si hubo una respuesta, cuando llegamos a las Siete esquinas, el hombre de setenta años con su prodigiosa dentadura me mordía sin piedad. Comencé a sentir que un flujo de palabras extrañas entraba en mi cerebro. Era tal vez un dialecto, un idioma desconocido, una lengua autóctona, no tengo de esta experiencia ninguna certidumbre.

Sólo una frase puedo repetir, sólo dos palabras me persiguen, absurdas, implacables: *Geniti Generous*. El auto silencioso siguió el camino y no hubo semáforos en rojo y el chofer tenor nunca usó la palanca de velocidades y así, por Emilio Carranza cruzamos calles antiguas como Aldama, Allende, Filomeno Medina y ni la santa iglesia de la Preciosísima Sangre de Cristo impidió que el hombre mordedor siguiera torturando mi cerebro con un torrente de vocablos raros, desconocidos. Cuando cruzamos por Filomeno Medina pensé que muy pronto terminaría mi suplicio. La calle Vicente Guerrero tenía una luz distinta, había más claridad en el ambiente y un fuerte olor a pan recién horneado de La Tradicional, panadería en la esquina con Álvaro Obregón, eso me ayudó a soportar este tormento, cruzamos también las calles Obregón, 27 de septiembre, luego la Gabino Barreda y, por fin, llegamos a la Pinacoteca Universitaria. Yo sentía que sudaba copiosamente, que me temblaban las piernas y pensé que no podría salir del Jeep Wrangler Sahara de dos puertas, pero el dolor de cabeza desapareció repentinamente. Mi vecino chofer tenor había parado el auto más

adelante de la puerta principal y, donde no existe una barda de piedra, había una, muy alta, que llegaba hasta la esquina de la calle Constitución. De pronto, una puerta de luz se abrió ante mis ojos. El hombre que me mordió la sutura parietooccipital permanecía imperturbable y sus ojos, como dos olivas, miraban un horizonte imaginario. Yo quería huir y no me importó que la puerta de luz fuese una puerta falsa. Entré a un jardín que no existe en ese lugar, pero era un jardín muy hermoso. Había también un corredor con baldosas de cantera y pilares de madera labrada. Tomé asiento en una banca de herrería muy compleja y traté de calmarme un poco. Creo que la fuente me ayudó a recuperar mi aplomo, esta fuerza de voluntad con la que camino por la vida, porque soy, lo leí en un libro sobre el significado de los nombres, “la que sobrevive por su fuerza de voluntad”. Apareció también una fuente con muchos adornos, el chopo principal arrojaba un chorro constante que se deshacía en minúsculas perlas de agua brillante y, como el Jeep, no hacía ruido alguno. Cuatro pajaritos de piedra negra recibían en sus pequeños picos otros cuatro chorros

silenciosos que salían desde el fondo de la fuente. Olía a gardenias, luego a naranjos en flor, después a sandía, a pasto recién cortado. En estos sopores andaba cuando escuché que alguien caminaba en un corredor y, lentamente, me levanté. Dejé atrás la fuente y seguí por un pasillo extremadamente blanco. Al final había una puerta de madera oscura que se abría más mientras más me acercaba a ella. En el otro lado, otro jardín, otra fuente con pequeños pájaros de piedra negra recibiendo el chorro de cuatro surtidores que arrojaban agua desde el fondo y un intenso olor a mangos maduros, casi fermentados. Vi al que caminaba y me alegré, era Marco Jáuregui, sólo que más joven, más esbelto. Pensé que él iba a sacarme de este absurdo, pero al llegar junto a mí dijo: “éste es un jardín hipnótico, tienes que leer, sólo la lectura puede salvarte”. Traía en sus manos un libro empastado en piel negra en el que se leía, con letras rojas: Poesía francesa. Marco desapareció y yo me quedé otra vez sola, desorientada, entre dos jardines idénticos, una puerta de madera oscura y una barda de piedra, alta, que abre una puerta ilusoria. El último recuerdo es el

siguiente: en el primer jardín, enfrente de la banca de compleja herrería estoy yo, sentada y, enfrente de mí, colgado en un pilar labrado, un letrero de lámina blanca que en letras comunes, rojas, pintadas a mano, anuncia: *Geniti Generous*.

Los Oníricos, de Guillermina Cuevas, fue editado en la Dirección General de Publicaciones de la Universidad de Colima, avenida Universidad 333, Colima, Colima, México, www.ucol.mx. La edición se terminó en febrero de 2025. En la composición tipográfica se utilizó la familia ITC Esprit Std de 12 puntos para el cuerpo del texto y de 18 puntos para títulos. Programa editorial no periódico: Eréndira Cortés Ventura. Gestión administrativa: María Inés Sandoval Venegas. Cuidado de la edición: Irma Leticia Bermúdez Aceves. Portada: Adriana Minerva Vázquez Chávez.

Con el estilo ágil, ya muy característico de su narrativa, Guille Cuevas nos muestra en estos textos cómo los sueños son capaces de las más arriesgadas historias. Recorriendo las calles centrales de nuestra Colima y sintiendo el calor a nuestras espaldas, Los Oníricos, como las pesadillas más audaces y recurrentes, nos pueden suceder, aún en la vida real.

Guillermina Cuevas

Nació en Quesería, Colima, en 1950. Ensayista, narradora y poeta. Licenciada en Letras por la Universidad de Colima. Ha colaborado en las revistas *Cartapacios* y *Media Luna*. Becaria del FECA Colima (1993; 1995; 1996; 2001). Premio Estatal de Cuento Gregorio Torres Quintero en 2002 por *Pilar o las espirales del tiempo*. Recibió la Presea “Griselda Álvarez Ponce de León” en 2007.



UNIVERSIDAD DE COLIMA